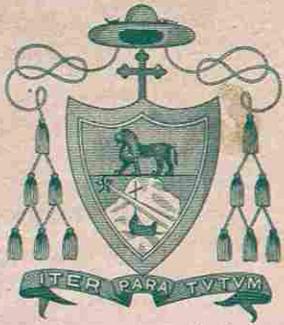


1705
62

762

BX45
. LI
S6

0022

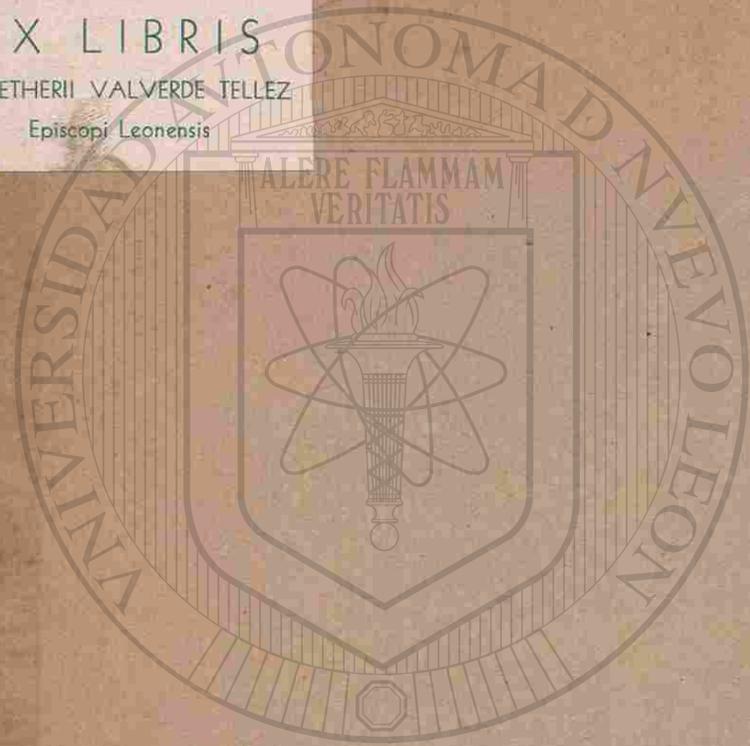


1080016650

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



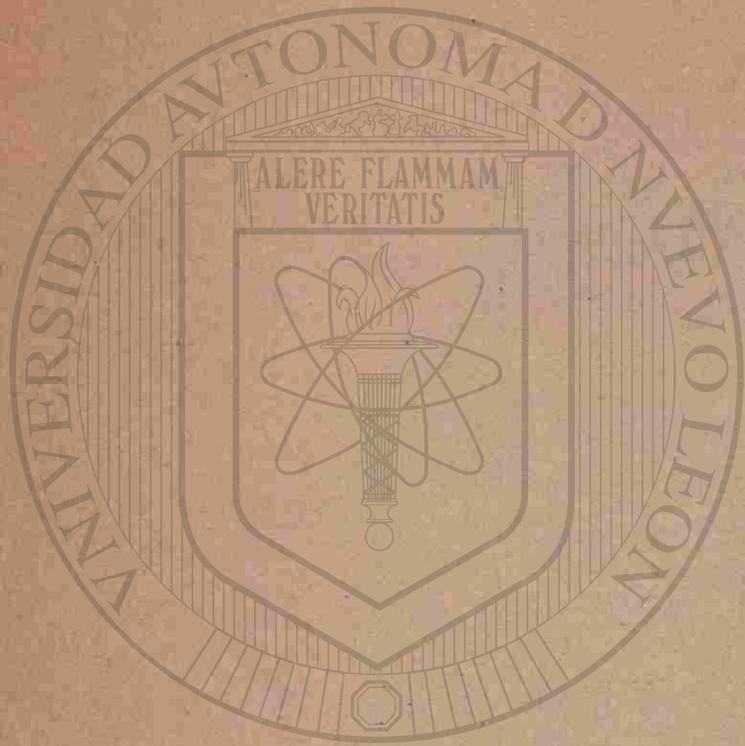
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HE



LO QUE SIGNIFICA UNA ESTATUA.

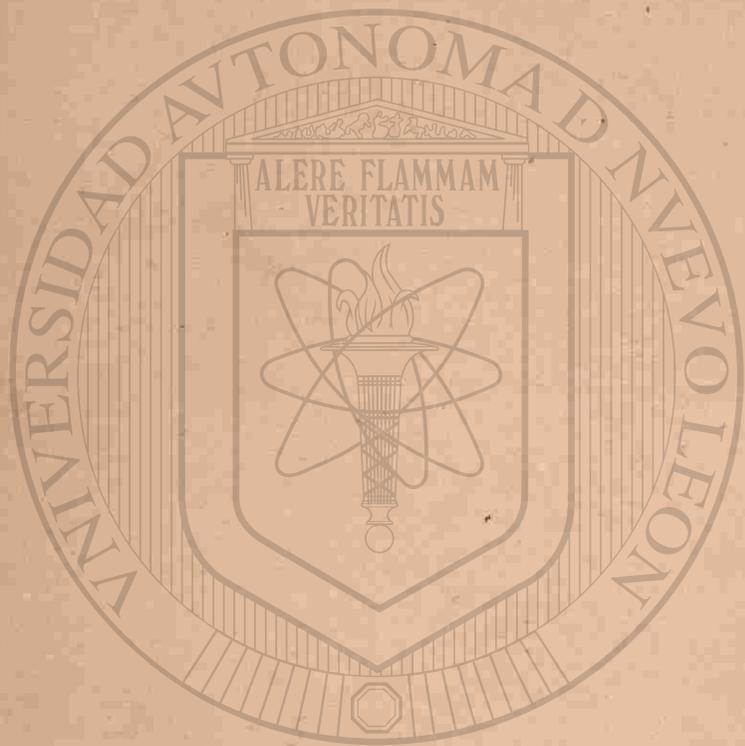
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



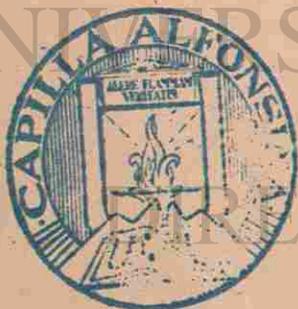


FRANCISCO SOSA

LO QUE SIGNIFICA UNA ESTATUA.

DISCURSO

Leído por su autor en la velada literaria y musical celebrada en el "Teatro Llave" de la ciudad de Orizaba, el 4 de Diciembre de 1898.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente 51.)

1898

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

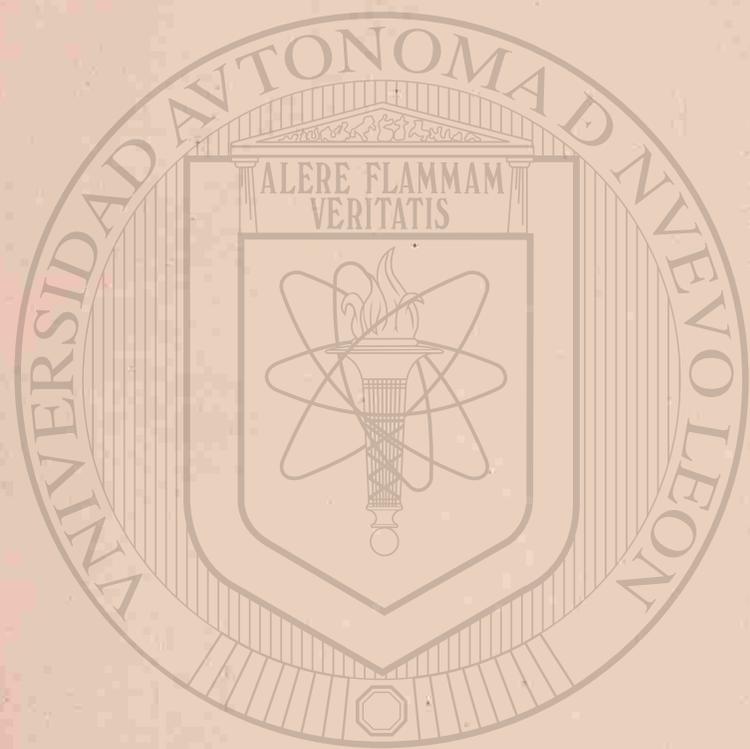
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

40135

Bx4705

.LL2

S6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
ESTADO DE NUEVO LEÓN

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA
CALLE DE LA LIBERTAD 100

SEÑORAS Y SEÑORES:

TENIA ya Orizaba conquistado el triple renombre de ciudad bella, de ciudad culta y de ciudad industrial, entre las más bellas, las más cultas y las más industriales de la República, y en verdad que con muy justos merecimientos. Asíéntase en ameno, fértil y pintoresco valle coronado de montañas altísimas que parecen celosos guardadores de tanta hermosura; en ella han florecido poetas como Pesado y nacido publicistas como Couto, —para no citar sino á algunos de los que ya han muerto,—y aun en épocas de general marasmo ha sabido conservar el fuego sagrado de las letras en sus academias y en sus publicaciones; como centro fabril ha sido uno de los primeros en que el humo de las chimeneas y el ruido de las máquinas se han elevado al cielo como incienso é himno del trabajo; incienso é himno que en sus espirales y en sus notas pregonan la grandeza de un pueblo honrado.

Faltaba, empero, entre las excelencias de Oriza-

992762

ba, la que enaltece más, por ser la más noble y pura manifestación del verdadero mérito; faltábale hacer patente que no sólo es bella, que no sólo es culta, que no sólo es trabajadora, sino que también es agradecida. Muy cerca de medio siglo hace que desapareció de entre los vivos un insigne benefactor de Orizaba, y aunque su recuerdo perdura, rodeado de la doble auréola del respeto y de la admiración que la virtud inspira, se echaba de menos todavía el monumento en que las nuevas generaciones habrán de leer el nombre del virtuoso pastor que durante varios lustros puso al servicio de esta ciudad el inagotable tesoro de sus bondades. Ni una calle, ni un plantel de beneficencia, ni un libro, habían sido consagrados al varón evangélico que virtió á raudales el consuelo, en donde quiera que la pobreza ó el dolor hacían pesar su mano desgarradora. Hoy se ha pagado la antigua deuda, y razón tienen los orizabeños para mostrarse satisfechos con la noble y legítima satisfacción que engendra el deber cumplido; y como ellos saben que una vez alcanzada esa satisfacción, la desvirtuarían pregonándola, su regocijo sería íntimo, privado, y después de la modesta pero elocuente ceremonia que tuvo lugar en la mañana de este mismo día, habría terminado todo y no se hallaría congregada en este sitio la culta sociedad que ahora me concede la honra de escucharme.

No cabe la alabanza de las propias obras, sino

que á los extraños y á los pósteros está reservada. Por eso yo, el extraño que ha venido á tomar parte en vuestra fiesta de familia, me creo autorizado, por más que de otros títulos carezca, á interpretar lo que no queréis ó no podéis decir para pantentizar la justicia que envuelve el homenaje que acabáis de tributar á la memoria del Sr. D. José Nicolás del Llano, al erigirle un monumento que, desde hoy, no solamente perpetuará un nombre esclarecido, sino que fortalecerá en unos y hará nacer en otros la convicción de que, más tarde ó más temprano, alcanza el lauro de la gloria quien con nobles y generosas acciones sabe conquistarlo.

El hecho hoy realizado es tanto más meritorio, cuanto que—aunque parezca increíble en las postimerías del siglo ilustrado en que nos tocó nacer—parece que se conjuran para impedir actos de esta especie, los encarnizados enemigos de toda gloria ajena, los modernos inconoclastas que anhelan arrancar de sus pedestales las estatuas de los hombres superiores; los que por hacer alarde de sabios y de cosmopolitas comparan la grandeza de sus conterráneos con la grandeza de los más ilustres personajes de la antigüedad, para deducir de allí que es irrisorio elevar monumentos á los que no miden la talla de que suponen capaces nada más que á los semidioses de otros pueblos. Vocación de mártir se necesita entre nosotros para iniciar y llevar á su término una empresa generosa,

desinteresada, como lo es eternizar en mármoles y bronce el nombre y la efigie del que si bien fué un bienhechor magnánimo, no revistió la grandeza del poder ó de la fuerza, sino la dulce, la santa, la apacible grandeza de la virtud. Y digo que es necesario poseer vocación de mártir, porque la roedora envidia se encarga en ocasiones como la presente, de tergiversar los más puros propósitos y de lanzar su sátira emponzoñada, no solamente denigrando la memoria del personaje al que se ha querido honrar, sino la personalidad de aquellos que creen cumplir un deber al discernir esa honra, ó por mejor decir, al dar forma, y forma perdurable, al pensamiento de los hombres buenos, de los hombres agradecidos.

Por dicha, ni la pasión política, ni el espíritu de secta podrían victoriosamente combatir la erección del monumento al Sr. Llano, toda vez que Orizaba ha tributado iguales honores al ilustre estadista Llave, hecho que demuestra que aquí lo grande, lo noble, disfruta del debido acatamiento, sea cual fuere la esfera en que se desenvuelva. Ilustrada matrona, hija de uno de los próceres de la causa liberal y reformista, fué, no debemos olvidarlo, la que inició el monumento.

Que es merecido el homenaje, no necesito decirlo á la sociedad que me escucha. Hablaros de la caridad inagotable del Sr. Llano sería lo mismo que ponderar las bellezas del mar á los que á ori-

llas del mar nacieron; sería lo mismo que enumeraros las excelencias del trabajo, cuando sois en nuestra patria modelo de trabajadores. Sí, cuanto pudiera deciros en loor del Sr. Llano lo sabéis mejor que yo, y lo que es más, lo agradecéis como agradece todo corazón bien formado, es decir, no lo olvidáis nunca y os complacéis en proclamarlo. Además, disuádeme de todo intento encaminado á ese fin, la conciencia que abrigo, sin falsa modestia, de que os habría de parecer pálida mi narración; porque estáis acostumbrados, lo sé muy bien, á escuchar la palabra fácil, erudita y elocuente de vuestros oradores y de vuestros poetas, que de continuo os arrebatan, porque deben al cielo dotes que á mí ha negado; oradores y poetas que desde esta tribuna que ocupo merced á vuestra benevolencia, os han embelesado con su voz como os han encantado con su murmullo las aguas de hermoso río que así fecunda vuestro valle como arrulla vuestro sueño. Pero lo que sí no puedo ni debo callar es que, á mi entender, la erección del monumento al Sr. Llano merece ser loada por cuantos comprenden cuán útil es la enseñanza que envuelve el pago de vuestra antigua deuda. Vivimos en una época de cálculo frío y razonador, en la que la inmensa mayoría niega su aprobación y escatima su aplauso á lo que no halaga el espíritu utilitario de las modernas sociedades. Pues, bien, nada tan práctico, nada tan útil, como poner á la vista de las nue-

vas generaciones lo que ha de probarles que no es estéril tarea consagrar toda una vida al bien y al consuelo de los demás, puesto que quien tal hace realiza el más hermoso sueño del hombre, que es el no morir en la memoria de los que le sobreviven.

Si alguna vez han sido objeto de vuestras meditaciones ó de vuestra observación los móviles de las acciones de los seres que os rodean; si al estudio del corazón humano habéis consagrado las horas que otros dedican á enervadora ociosidad; si habéis inquirido cómo se formaron los héroes que admiráis, los escritores y poetas que os son favoritos, los artistas que provocan vuestro entusiasmo, los filántropos á quienes bendecís y hasta los obreros empleados en las grandes manufacturas, os habréis convencido de que cuanto contribuye á la vida del espíritu y á la del cuerpo, de que cuanto es fuente de grandeza ó de prosperidad, de que todo lo que eleva, todo lo que perfecciona, todo lo que dignifica á la humana especie, tiene fuente y origen en la imitación. Desde la palabra hasta la más excelente de sus obras, el hombre lo debe todo á los que antes que él recorrieron el camino de la vida. Habla el idioma aprendido de sus padres, y en todas y cada una de sus acciones va siguiendo los modelos que tiene ante sus ojos. Podrán llegar á ser sus concepciones más brillantes, más profundas, y aparentemente más espontáneas que aquellas en que bebió la inspiración; podrá superar á

su modelo, como sucede con el artista que á las veces embellece las formas que copia y disimula ó borra las imperfecciones que su depurado gusto rechaza; pero siempre en su obra habrá un reflejo de la obra por él imitada, de la obra que tal vez inconscientemente sirvióle de modelo. El manoseado *Nihil novum* del Eclesiastés, encierra una verdad que los siglos se han encargado de confirmar día tras día.

Eso que ocurre en las superiores esferas del arte, pasa también de continuo en los actos todos del hombre, en sus relaciones con los demás, en la manera de llenar sus deberes, en el desenvolvimiento de las facultades de su intelecto como en el desarrollo de los gérmenes que en él existen, para ser un miembro útil de la sociedad, para ser bondadoso y tierno con sus semejantes. "Los hombres grandes y generosos, ha dicho un pensador, arrastran á los otros, excitando la admiración espontánea de la humanidad. Esa admiración de los caracteres nobles eleva el espíritu y tiende á redimirlo de su propia esclavitud, una de las más grandes piedras de tropiezo del progreso moral. El recuerdo de aquellos que se han distinguido por grandes pensamientos ó grandes obras, parece crear en torno nuestro una atmósfera más pura, y sentimos como si nuestras tendencias y nuestras vistas fuesen elevadas insensiblemente."

Otro pensador no menos esclarecido, Saint Beuve,

exclama: "Decidme á quién admiráis y os diré lo que sois, por lo menos en aquello que concierne á vuestros talentos, vuestros gustos y vuestro carácter." Estas palabras que contienen verdad tan incontrovertible, podemos parafrasearlas, preguntando á nuestra vez: Decidme cuáles son los personajes á quienes honráis, y os diré cuáles son las virtudes que en vuestro corazón tienen asiento; porque lo que el hombre admira es lo que también procura imitar y reproducir en sus propios hechos. El *nihil admirari* de Horacio, tal cual lo interpretan en nuestros días los que presumen saberlo y poderlo todo, no es más que el grito de la soberbia satánica de los pechos mal formados; no es sino la exclamación lanzada por el envidioso en la rabia de su despecho; no es otra cosa sino la confesión que se le escapa, mal de su grado, á aquel que por su inferioridad no sabe ni puede discernir y todo lo mide por el cartabón de su propia pequeñez, que nadie ha de querer tomar por modelo. Esos soberbios, esos envidiosos, esos seres inferiores, son los que en nuestra época hablan de la estatuomanía cuando se verifica una solemnidad como la que hoy regocija á Orizaba. Incapaces para reconocer el mérito ajeno, ocultan tras la careta de su desden olímpico la pasión que les roe las entrañas, y so capa de quilatarlos, niegan los merecimientos que la conciencia de todo un pueblo reconoce y proclama, y como comprenden que necesitan fundar

de alguna manera sus juicios, pretenden establecer, al efecto, un paralelo entre el personaje á quien se honra y los personajes á los que la antigüedad ó naciones más cultas han pagado igual tributo. Si enaltecéis á Clavijero os hablan de Tito Livio ó de Tácito para probaros la inferioridad de nuestro historiador; si encomiáis á Cabrera, os recuerdan á Miguel Angel ó á Rafael; si pregonáis la gloria militar de Morelos, os citan desde César hasta Washington; si escribís la biografía de vuestros compatriotas, os ofrecen en contraposición las *Vidas Paralelas* de Plutarco, y así en todo lo demás, para empequeñecer lo propio, para ridiculizar lo que os inspira respeto ó admiración; y hoy que en bronce y mármol duraderos consagráis la modesta pero también purísima gloria de un varón esclarecido por su caridad evangélica, no será extraño que os recuerden que allí en Arona, sobre monte elevado y frondosísimo se eleva desde 1697 la colosal estatua del Cardenal Borromeo, erigida en memoria de la inenarrable heroicidad con que durante el hambre y la peste que asolaron en 1570 y 1575 al pueblo milanés, constituyóse el ilustre arzobispo en asiduo enfermero y padre amantísimo de los pobres.

Podrán deciros eso y más todavía; que de todo son capaces los que no encuentran digno de aprobación sino lo que ellos piensan ó ejecutan, y lo que halaga su vanidad y su orgullo; pero no im-

porta: la satisfacción que engendra el deber cumplido será vuestro premio, y los hombres sanos, los hombres buenos, reconocerán la alteza de vuestras miras; y si esto no os basta, pensad en que vuestros hijos y los que á ellos sucedan, al contemplar el monumento por vosotros erigido, encontrarán en él provechosa enseñanza y saludable estímulo para practicar el bien. El hombre, no lo ignoráis, rara vez procede por espontáneo impulso y sin ulteriores miras. La ingratitud que sospecha y á la que no se habitúa, por más que á cada paso la encuentre en su camino, le retrae de ejecutar nobles acciones; endurece su corazón y le hace egoísta. Además, como uno de sus mayores anhelos es no morir todo entero, como dijo el poeta, reconforta su espíritu el ver cómo la sociedad perpetúa el recuerdo y aun la imagen de aquellos que sobreponiéndose á todas las miserias que en el mundo anidan, halla en el ejercicio del bien luz que guíe sus pasos á la inmortalidad que ambiciona.

Ha dicho la sabiduría persa en uno de sus conceptuosos proverbios: "Para que crezca el mérito, sembrad las recompensas." Vosotros que comprendéis toda la verdad que encierra ese pensamiento, recompensáis hoy el mérito y lo glorificáis á los ojos de la actual y de las venideras generaciones. Sabéis que levantar el pedestal de las famas merecidas, sobre las ruinas de las reputaciones usur-

padas y de las mentidas glorias, es—como lo ha expresado ya un escritor eminente—una empresa providencial que Dios quiere que se cumpla, y colocáis por eso en firme pedestal la estatua del hombre que consagró los mejores años de su vida á esta ciudad, que aunque no le sirvió de cuna, fué de él amada con la infinita ternura de que su corazón era fuente inexhausta; del hombre que aun los pseudo-filósofos que desdeñan pronunciar la palabra caridad llamarán cuando menos altruista, y verán en él á la más genuina encarnación del ciudadano útil á su patria.

Pueden el irreflexivo entusiasmo ó la pasión de partido acordar honores en determinado momento á un personaje, viviendo éste, ó á raíz de su muerte, y provocar con la discusión de sus merecimientos la censura de los móviles que impulsan á los que lo enaltecen, y por último la desaprobación de la sociedad que razona fría y desapasionadamente; pero nada de esto acontece cuando, como hoy, ni se esperan beneficios ni se temen iras y venganzas; cuando, como hoy, hombres de credos divergentes sancionan, por decirlo así, lo que varias generaciones habían decretado, lo que el tiempo en vez de borrar ha esclarecido: el reconocimiento de la virtud y de la caridad del modesto sacerdote D. José Nicolás del Llano, que hizo el bien por el bien, sin que jamás hubiese,—cierto estáis de ello,—ambicionado ni los aplausos de sus

contemporáneos ni los laureles de la fama póstuma. Eran tan grandes su desinterés y su modestia, tan espontánea su bondad, tan fervorosa su dedicación á mejorar la condición de los demás, que si le fuera hoy dado presenciar los honores que se tributan á su memoria, los agradecería no porque halagaran su vanidad, sino porque á su penetración no podía ocultarse que muchos para cumplir con el deber necesitan el poderoso estímulo que despiertan, como os he demostrado ya, las mundanas recompensas.

Si á medida que los años avancen crece vuestra prosperidad, como hay razón para esperarlo, embelleced vuestra ciudad con otros monumentos semejantes al que hoy por vez primera ha servido de dosel vuestro hermoso cielo. Nada hay tan educativo, tan ejemplar, como una obra de este género. Aquel que se detiene á contemplarla, movido tal vez por mera curiosidad, acaba por no conformarse con el placer que la obra de arte proporciona, y busca en la autoridad de los escritores ó siquiera sea en la tradición oral, la justificación de la honra otorgada. De ahí nace el despertar de otras ideas, el amor al estudio de la historia y la reverencia á los hombres grandes y generosos; de ahí la comunión del espíritu del extranjero con el espíritu del hijo del pueblo que aquel visita; de ahí que se abran nuevos y más amplios horizontes á la gloria de los que han contribuído

al mejoramiento social; de ahí que traspasen las fronteras de las naciones los hechos que de otra manera quedarían circunscritos al estrecho, al limitado espacio en que se desarrollaron. Y como la grandeza y la importancia de un pueblo no pueden apreciarla los extraños si no es conociendo hasta dónde son sus hijos superiores en las múltiples manifestaciones del saber, de la inteligencia, de la virtud, de su tendencia al progreso, de su amor al arte, de su culto á lo bello y á lo bueno, comprenderéis, sin que tenga que esforzarme en demostrarlo, que la más ardiente aspiración de un ciudadano deba ser el presentar á los ojos del mundo los títulos que al respeto de los demás tiene el lugar en que se meció su cuna. Esos son los blasones que con orgullo legítimo ostentan hoy las ciudades en sus grandes monumentos, en las estatuas de sus próceres; esa es la nobleza incontestable de los pueblos bañados por los indefinidos resplandores de la civilización.

Permitidme que os recuerde algo que habéis sentido y que sin embargo habéis callado. Cuando en alas del vapor ascendéis á la cima de las elevadas montañas á que hasta hace pocas décadas á las águilas tan sólo era dado llegar, y encontráis fácil camino merced á la ingeniería moderna para ir á la Mesa Central y al hermoso valle de México, ¿no es verdad que echáis de menos allí, junto al maravilloso panorama espléndido,

imponderable, una estatua, una lápida siquiera que recuerde el nombre del ingeniero ilustre al que es debido el trazo de la vía magnífica que recorréis temiendo tocar el cielo y elevando un himno á la inteligencia del que realizó la titánica empresa de tender una cinta de acero al borde de los abismos, para conducir y para transportar millares de millones de kilogramos de los productos de vuestra industria y de los frutos de vuestra tierra? ¿No es verdad que pugna por salir de vuestros labios al propio tiempo que el nombre de Buchanan, amarga y justísima censura del olvido en que se le ha dejado? Pues bien, eso os demuestra que hay algo en esta baja tierra superior al egoísmo y á la ingratitud; que todo lo que es grande merece loor, galardón, aplauso que no se apaga, inmortalidad, es decir, recuerdo sin cesar renovado, reconocimiento que no se calla sino que se proclama en ecos sonoros que repercuten á través del tiempo y del espacio.

Habéis pagado vuestra antigua deuda al benefactor magnánimo de Orizaba, y si en lo porvenir la pagáis á vuestros poetas y publicistas, á los que han fomentado la cultura intelectual y al que abrió el camino de vuestra prosperidad material, os haréis acreedores al mejor y más duradero de los aplausos.

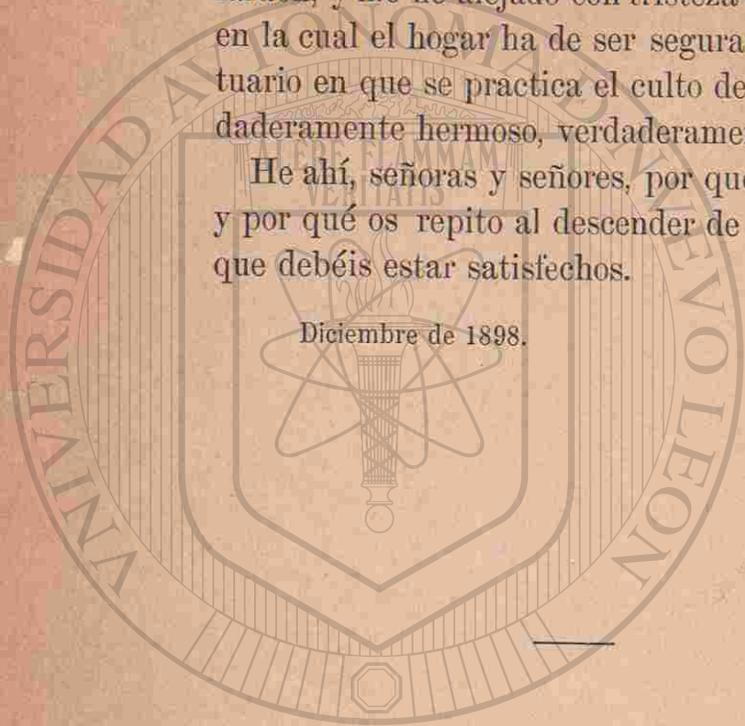
Podéis estar satisfechos y tranquilos. Satisfechos, porque el monumento del Sr. Llano pregona

que no sois ingratos; tranquilos, porque las armas de la maledicencia se embotan al pretender herir á los hombres que gozan merecidamente del respeto y de la estimación de sus conciudadanos. La conciencia ilustrada de los pueblos jamás deja de cumplir la divina ley de la justicia distributiva, y con inapelable fallo da á cada uno aquello de que por sus obras es digno. El tiempo que todo lo acrisola y todo lo destruye, menos lo que es verdaderamente grande, se ha encargado de consagrar los merecimientos del bienhechor de Orizaba, como lo prueba el hecho de que lejos de entibiarse la gratitud pública, hoy, después de medio siglo y después de vencer todo género de obstáculos, resurge ante vosotros la noble figura del caritativo cura de almas, en magnífica estatua modelada años há por uno de nuestros mejores artistas. Cuando el viajero la contemple, inquirirá quién fué ese sacerdote cuya bondad resplandece en el bronce de su monumento, y al conocer sus ejemplares acciones bendecirá, como vosotros, la santa memoria del P. Llano, y al abandonar vuestra hospitalaria tierra dirá por donde quiera que vaya: he morado en una de las ciudades más bellas, más cultas, más industriales y más agradecidas de la Nación Mexicana. He contemplado con arrobamiento la exuberante vegetación del hermoso valle en que se asienta; he sentido palpar la vida moderna, la vida del trabajo, en sus numerosas fábricas; he

cultivado el instructivo trato de sus escritores, he comprendido al detenerme ante sus monumentos, que la virtud y el mérito alcanzan allí eterno galardón, y me he alejado con tristeza de esa ciudad, en la cual el hogar ha de ser seguramente el santuario en que se practica el culto de lo que es verdaderamente hermoso, verdaderamente puro.

He ahí, señoras y señores, por qué os he dicho, y por qué os repito al descender de esta tribuna, que debéis estar satisfechos.

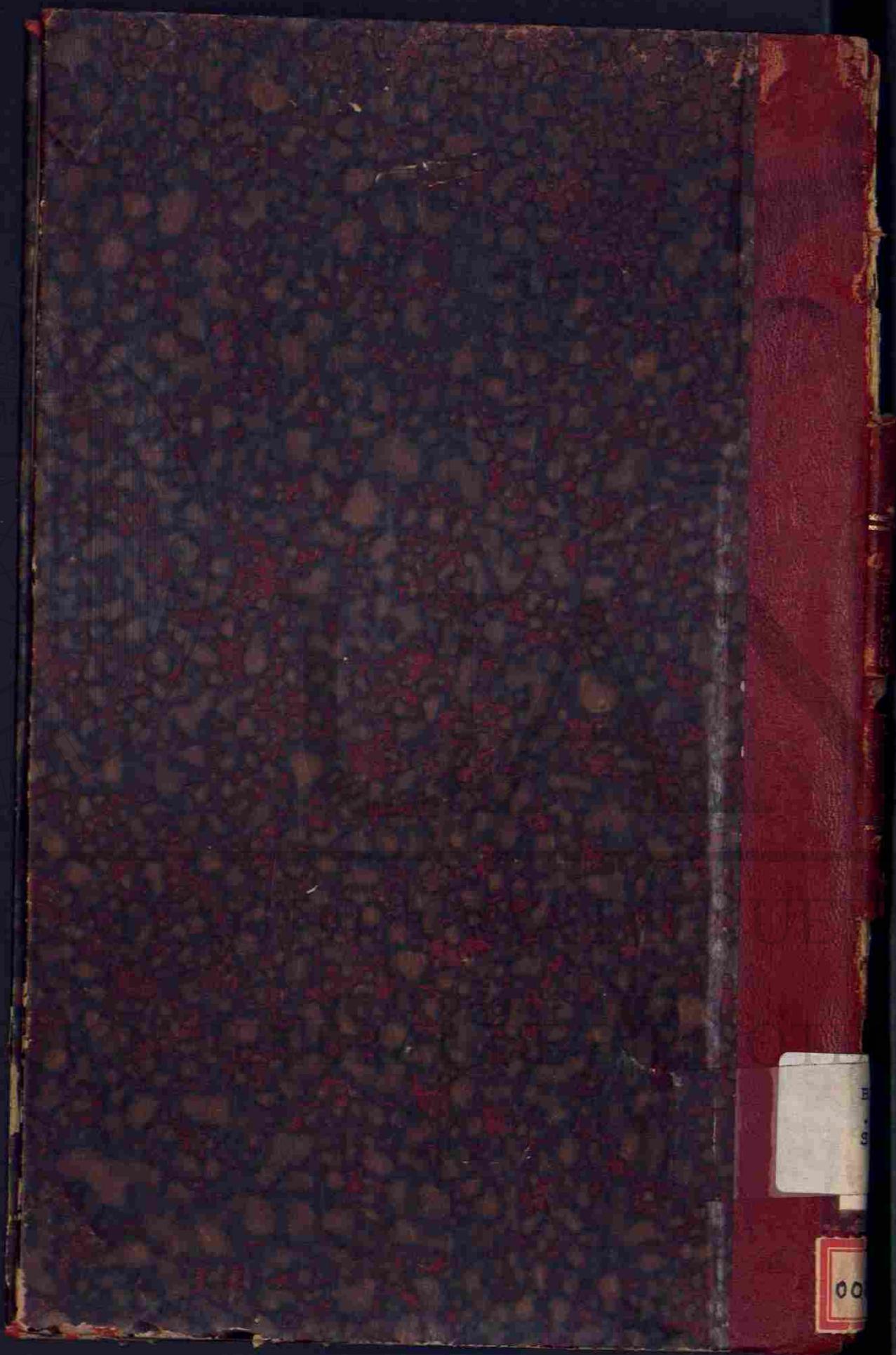
Diciembre de 1898.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E
S

00